

bate tuviese lugar por la mañana mejor que por la tarde? Si en la política hay razones de sobra para no apresurarse nunca, en la guerra por el contrario toda premura es favorable, porque cuanto más pronto se obtienen resultados, tanto más pronto logran los ejércitos substraerse de los caprichos de la fortuna. Pero en la guerra, aún más que en cualquiera otra cosa, hay necesidades materiales que es preciso obedecer á toda costa. Ahora bien, en el caso de que nos ocupamos existía una á la que inevitablemente era menester someterse, la de formar en línea á todas las tropas, porque aunque hubiesen avanzado la víspera con suma rapidez, sin embargo el 6.º cuerpo, la guardia, los coraceros y los parques no habían podido aún atravesar el Sambra, Gerard no había hecho más que llegar á él, y de Erlón no había logrado andar más que una legua después de atravesarlo. Además se necesitaba tiempo para trasladar las tropas al campo de batalla de Fleurus, y mientras que avanzaban podía Napoleón recoger descensadamente las noticias de sus avanzadas, y convertir en certidumbre lo que hasta entonces sólo había sido adivinación del genio. A causa de estos movimientos perentorios dió la batalla de Ligny por la tarde en vez de darla por la mañana, y fué tan útilmente ganada en este período del día como lo hubiera sido en el otro, porque terminando la claridad á las nueve en el mes de junio, había bastante tiempo desde las tres hasta las nueve para luchar y conseguir una gran victoria.

En cuanto á la batalla, no se puede negar que su plan y ejecución fuesen lo que debía esperarse de un capitán experimentado. Estableciéndose los prusianos en las aldeas de Saint-Amand y de Ligny para cubrir la gran calzada de Namur á Bruselas, que constituía su línea de comunicación con los ingleses, y mostrando de este modo las espaldas á las tropas francesas dirigidas hacia los Quatre-Bras, Napoleón los atacó vigorosamente en Saint-Amand y en Ligny, prescribiendo á Ney que ocupase lo más pronto posible los Quatre-Bras, y destacase en seguida uno de sus cuerpos para que atacase por la retaguardia á la línea prusiana. Si esta orden se hubiera ejecutado, hubiera sido hecho prisionero la mitad del ejército de Blücher; pero Ney, como todos los generales franceses, temeroso, no del enemigo, sino de la fortuna, perdió la mañana, durante la cual hubiera podido arrebatar los Quatre-Bras á los escasos millares de hombres que los ocupaban; los atacó con vigor cuando ya no era tiempo, es decir cuando su fuerza era cuádruple, y entonces, para reparar su torpeza, llamando á de Erlón, á quien Napoleón llamaba también por su parte, hizo que fuera inútil en ambos campos de batalla, y sin vencer á los ingleses impidió á Napoleón que destruyese por completo á los prusianos. Privado de los cuerpos que debían atacar al enemigo por la retaguardia, no se desconcertó Napoleón; imaginó acto continuo una nueva maniobra, y cortando con la guardia más allá de Ligny la línea prusiana que no podía tomar por la espalda, consiguió, sin embargo, una victoria brillantísima y de suma importancia. Si los prusianos á causa de las idas y venidas de Erlón, en vez de haber sido destruídos sólo se hallaban derrotados, lo estaban tanto, que bastaba un grueso destacamento para hacerles frente, y mientras el ejército francés podía dirigirse á buscar un encuentro decisivo con los ingle-

ses. Si Ney por su torpeza había desperdiciado la ocasión de arrebatar á los ingleses los Quatre-Bras, no por eso había dejado de oponer una tenacidad heroica á sus esfuerzos para comunicarse con los prusianos, para establecerse en la calzada de Namur á Bruselas, obligándolos á detenerse para batirse en retirada al siguiente día. Así pues, lo mismo el 16 que el 15, el plan de Napoleón, á pesar de los accidentes siempre frecuentes en la guerra, y más frecuentes entonces á causa del acoloramiento de las imaginaciones, no cesó aún de realizarse con éxito, porque por una parte los prusianos vencidos en una gran batalla, y por la otra los ingleses contenidos en un combate encarnizado, se veían en la necesidad de ejecutar una retirada divergente, el ejército inglés quedaba en masa interpuesto entre ambos aliados, y los ingleses, del mismo modo que los prusianos, no iban á tener más remedio que aceptar en los días siguientes una batalla separada.

El 17 por la mañana no era posible marchar desde el amanecer con tropas que la víspera á las nueve de la noche luchaban todavía con el enemigo, y que habían acampado en medio de treinta mil cadáveres sin haber comido ni aun el rancho. Con todo, Napoleón perdió el menos tiempo posible: puso en movimiento á Lobau, que no se había batido; á la guardia, de la cual sólo una parte había entrado en campaña; á los coraceros, que no habían dado ni un solo sablazo; destinó á Vandamme y á Gerard, vencedores de los prusianos y un poco fatigados, á vigilar á estos últimos, y dirigió su centro hacia el mariscal Ney, para formar con él la masa que debía combatir al ejército británico. Pero para que desfilasen estas tropas era indispensable que Ney, al frente de la columna desfilase antes por los Quatre-Bras; y este mariscal, tan lleno de aprensiones el 17 como el 16, no se movía, creyendo tener delante al ejército inglés en su totalidad.

Fué preciso que Napoleón acudiese con Lobau, la guardia y los coraceros á sacarle de sus inquietudes, y hasta entonces, es decir, hasta las once de la mañana, no rompió la marcha. Al paso que la mañana se perdió por el cansancio de las tropas y los retrasos de Ney, la tarde fué perdida á causa de la espantosa tormenta que paralizó á los dos ejércitos, porque cuando la naturaleza muestra su poder, el de los hombres, por grandes que sean estos hombres, se extingue y desaparece. Así pues, los generales de Napoleón por la mañana, y la naturaleza por la tarde, inutilizaron la jornada del 17. ¿Pero era en esta jornada el tiempo la consideración decisiva? Ciertamente que no. Después de haber vencido á los prusianos, era preciso vencer á los ingleses y cuanto más pronto mejor. Para batirse con ellos era necesario encontrarlos, y la posibilidad de este encuentro dependía del duque de Wellington y no de Napoleón. Separando sólo una media marcha á los ingleses de los franceses, no podía pensarse en aventajarlos en ligereza; si querían la batalla, podían encontrarlos delante de la selva de Soignes sin necesidad de apresurarse; si no, se internarían en la selva, siendo imposible la batalla desde este instante. ¿Querían batirse? Napoleón lo deseaba ardentemente, porque no podía seguirlos más allá de Bruselas cuando su presencia iba á ser tan necesaria en Champaña, y abandonarlos sin haberlos vencido, esto echaba por tierra todos sus planes. Pero, por grande que fuese

su deseo, no podía llegar antes que los ingleses á la entrada de la selva de Soignes para obligarlos á combatir. Su único recurso era evidentemente el ardor de Blücher, la ambición del duque de Wellington, y no la rapidez de una marcha que la fatiga de sus tropas, las incertidumbres de Ney y la espantosa tormenta hacían imposible, y que la proximidad de la selva de Soignes hubiera hecho de todo punto inútil.

El tiempo no era, pues, la consideración importante en la jornada del 17. Pero si no hubo torpeza en el empleo del tiempo, ¿lo hubo en la distribución de las fuerzas? La exposición de los sucesos basta para que el lector haya podido apreciar esta cuestión. Con efecto, ¿había algo más natural que enviar, después de haber vencido á los prusianos, un destacamento bastante para vigilarlos, contenerlos y separarlos de los ingleses mientras que combatían contra estos últimos? ¿Se atreverá á decir un hombre de criterio que no debía hacerse caso de los prusianos, dejándolos obrar á su antojo y limitándose á enviar tras de ellos algunas fuerzas de caballería sin poder impedirles llevar á cabo las empresas que se propusieran realizar? ¡Ah! si se supone en el jefe del ala derecha francesa, encargada de seguirlos, una ceguedad sin ejemplo en la historia, una ceguedad bastante para dejar á ochenta mil prusianos hacer en su presencia lo que quisiesen, hasta anonadar á Napoleón su vencedor, sin oponerse á ello, habrá razón para decir que la formación de este destacamento del ala derecha era una torpeza; pero suponiendo en el general que le dirigía sólo el instinto que los simples soldados dejaron entrever; enviando el destacamento, no sólo se hacía una cosa en regla, sino necesaria y que no debía privar al ejército de su socorro, porque encerrados los unos y los otros en un espacio de cuatro ó cinco leguas, en el que podían oírse los cañonazos de todos, no debía creerse que se perderían los treinta y cuatro mil hombres de Grouchy hasta el punto de no encontrarlos sino después de una espantosa catástrofe.

El destacamento de Grouchy era, pues, necesario, dictado por las reglas, por la situación y por el buen sentido más vulgar. En cuanto á las instrucciones que recibió, puede sin duda alguna discutirse su significación; sin embargo, existe una orden que no puede ponerse en duda, porque los mismos soldados la hubieran dado, la de seguir á los prusianos, no perderlos de vista, y de maniobrar con el fin de impedirles reunirse á los ingleses, puesto que el plan sabido por todo el mundo era el de batirse aisladamente con cada uno de los dos ejércitos aliados. Acumulense cuantas hipótesis se quiera, esta orden no era Napoleón quien la dictaba, sino la situación; y hay una prueba que no admite réplica, la de que bien ó mal dada (y Napoleón acostumbraba á dar bien sus órdenes) la comprendió Grouchy como nosotros suponemos, puesto que escribiendo á Napoleón el 17 por la noche, le decía: «Continúo persiguiendo á los prusianos y procuraré conservarlos separados de los ingleses.» No hubo, pues, ninguna equivocación acerca del verdadero sentido de sus instrucciones en el jefe del ala derecha francesa.

Pero el mariscal Grouchy se equivocó desde el principio respecto de la dirección de los prusianos, y supuso que se alejaban por el camino de Namur. El error era disculpable y no hubiera producido fatales consecuen-

cias, si, cumpliendo su deber, hubiera enviado su caballería ligera en las tres direcciones posibles, la de Mont-Saint-Guibert, la de Gembloux, la de Namur, y su infantería en la de Gembloux, que era entre las demás la intermediaria. Los trigos estropeados por las pisadas de los prusianos le hubieran indicado en el momento que se habían dirigido por este camino, y le hubieran probado que no se retiraban hacia el Rhin, sino hacia Wavre, es decir, al encuentro del ejército inglés. Concluyó por reconocerlo, pero conservando una lamentable sospecha respecto de Namur, y en este primer día puso su infantería en movimiento hacia Gembloux cuando ya era muy tarde. La jornada del 17 que Napoleón no hubiera podido emplear de otro modo que como la empleó, avanzando con dirección á Mont Saint-Jean, fué poco más ó menos pérdida por Grouchy en el camino de Wavre.

Pero el 18 contaba el mariscal Grouchy con los medios de reparar el mal, porque podía emprender la marcha desde las primeras horas de la madrugada, porque tenía diez y siete horas de día y se hallaba encerrado en un espacio de terreno en el que estaban los unos de los otros á cuatro ó cinco leguas de distancia. Por desgracia dió sus órdenes desde las seis hasta las siete de la mañana, y no habiéndose cuidado de la distribución de víveres, sus tropas no partieron hasta las ocho, las nueve y las diez. Con todo, aun á aquella hora no había perdido ni comprometido nada, puesto que bastaban cinco horas para trasladarse al punto más lejano de aquel teatro de las operaciones, si se dejaban guiar por el cañoneo.

Mientras que la derecha destacada era conducida con tan escasa actividad y seguridad de miras, Napoleón con el centro y la izquierda se preparaba á dar su segunda batalla, la que debía decidir su suerte y la de la Francia. Este encuentro que tanto había deseado y con tanta razón, puesto que necesitaba vencer á los ingleses después de los prusianos para volver á toda prisa en busca de los austriacos y de los rusos; este encuentro iban á ofrecérselo el ardoroso patriotismo de Blücher, la ambición del duque de Wellington. Es cierto que el resultado ha justificado al uno y al otro, pero la posteridad, como ha dicho Napoleón con su acostumbrada grandeza de lenguaje, será menos indulgente, porque si la fortuna no les hubiera proporcionado con la ceguedad de Grouchy un verdadero fenómeno, hubieran podido ser derrotados en el lindero de la selva de Soignes, sumamente espesa, de difícil acceso, sobre todo después de una derrota, mientras que, por el contrario, colocando entre ellos y Napoleón la selva de Soignes, defraudaban todos los cálculos de este último y le obligaban á batirse en retirada para acudir á hacer frente á la gran columna del Este después de haber fracasado todos sus planes. Hubieran, pues, elegido un partido seguro, en vez de adoptar el más temerario y peligroso.

De cualquier modo, la batalla tan deseada por Napoleón (prueba palpable de que el genio mismo no sabe frecuentemente lo que pide al fatigar con sus deseos á la Providencia), la batalla, repetimos, era segura. ¿Convenía trazarla al principio del día? ¿Convenía en Waterloo lo mismo que en Ligny obrar por la mañana mejor que por la noche? ¡Ah! sí, sin duda alguna, mil veces sí, si se hubiera previsto que en vez del mariscal

Grouchy, á quien se creía tan cerca, sesenta mil prusianos podían llegar sin que el primero los viese, cuando la naturaleza veía marchar á la descubierta tanto á los hombres como á los caballos y los cañones! Pero semejante contratiempo era de todos el que menos podía suponerse, y entretanto, hallándose la artillería en la imposibilidad de maniobrar, forzoso era aguardar cuatro ó cinco horas para que el suelo ya seco pudiera tomar consistencia.

El mejor, el más prudente de los hombres, Drouot, no se consolaba por haber aconsejado que se aplazase la batalla algunas horas (1), y su lealtad le hacía ver las cosas más abultadas de lo que eran en sí, porque podía muy bien en aquella estación comenzarse la batalla de Waterloo á las once de la mañana, cuando la de Ligny se había empezado á las tres de la tarde, y esto no había privado de ganarla. Ahora bien, el inconveniente de que se atacasen la artillería y la caballería, que eran sus dos mejores armas, era una consideración cuya importancia no podía nadie desconocer. Es cierto que el resultado ha condenado al vencido, y el resultado es un dios de hierro que los hombres adoran; pero el argumento de Drouot, al que dió asenso Napoleón, era decisivo, y la posteridad no le censurará por haber hecho tanto caso de él.

Fijada la hora, faltaba el plan. No cabe duda de que

(1) He hallado en unas notas muy curiosas y muy interesantes escritas hace tiempo por el coronel Combes-Brassard, jefe del Estado mayor del 6.º cuerpo (cuerpo de Lobau), el pasaje siguiente, y lo cito porque pone en evidencia una de las mayores virtudes de los tiempos modernos, la de Drouot. «El general Drouot, dice el coronel Combes-Brassard, estuvo pocos días en París después de su enjuiciamiento. Yo le veía frecuentemente. La batalla de Mont-Saint-Jean era casi siempre el asunto de nuestras conversaciones. Un día me dijo con la expresión de un hombre que parece sentir necesidad de desahogar su alma oprimida: «Cuanto más pienso en esta batalla, más me siento impulsado á creérmela una de las causas que nos hicieron perderla.—¡Vos, mi general! La adhesión generosa de una noble amistad hacia su jefe, no diría más que vos.—Entendámonos, mi querido coronel. Yo no pretendo ser responsable de las culpas que no son mías, sino reivindicar la que me pertenece por mi cuenta y riesgo.

«Desde el amanecer, prosigue, reconoció el emperador la posición de los enemigos; su plan estaba combinado; sus disposiciones de ataque tomadas lo más tarde á las siete ó las ocho de la mañana. Le hice notar que la lluvia había estropeado de tal modo los caminos y humedecido el terreno, que los movimientos de la artillería serían muy pausados; pudiendo dos ó tres horas de espera evitar este inconveniente. El emperador se conformó con este funesto retraso. Si no hubiera hecho caso de mi observación hubiera sido Wellington atacado á las siete, vencido á las diez, la victoria completa al mediodía, y Blücher que no pudo llegar hasta las cinco, hubiera caído en las manos de un ejército victorioso. No atacamos hasta las doce y dejamos al enemigo todas las probabilidades de triunfo.»

He creído deber reproducir este pasaje. Al paso que hemos visto á los autores de las faltas más graves rechazar una responsabilidad que les alcanzaba, Drouot, que no tenía nada de qué acusarse en la funesta batalla de Waterloo, porque no era una torpeza en un día de diez y ocho horas esperar tres ó cuatro á que se consolidase el terreno; Drouot, decimos, se acusa de haber contribuido á la pérdida de la batalla por haber aconsejado su aplazamiento. No hay duda de que la pérdida de estas tres horas fué un mal, pero según todas las verosimilitudes no fué una torpeza, porque la consolidación del terreno para los que tenían que tomar la ofensiva era una circunstancia capital. Esto es una nueva prueba de lo azarosos que son los acontecimientos militares y de la necesidad que hay de juzgar con una gran reserva operaciones en las que con frecuencia el consejo más prudente conduce á los más deplorables resultados.

(N. del A.)

la idea de lanzarse sobre la izquierda de los ingleses, débilmente establecida, de rechazarla hacia su centro, arrebatándoles de este modo el camino real de Bruselas, única salida practicable á través de la selva de Soignes, era excelente; porque con esta manera de obrar se unía á las demás ventajas la de separar á los ingleses de los prusianos. Desgraciadamente se cometieron torpezas al ponerla en ejecución. Es verdad que la izquierda francesa debía atacar al castillo de Goumont, pero fué una torpeza no derribarle á cañonazos, sacrificando en este punto, como se hizo, el ala izquierda del ejército francés. El bosque de Goumont ocultaba este detalle á la vista de Napoleón, y es sensible que el general Reille no siguiese el combate bastante de cerca para impedir un sacrificio de hombres tan completamente inútil. Es, pues, á todas luces evidente que hubieran debido limitarse á conquistar el bosque, reservando de este modo las valientes divisiones de Jerónimo, Foy y Bachelú para el ataque de la meseta de Mont-Saint-Jean, que era la operación capital.

El ataque del Haye-Sainte en el centro y á lo largo del camino de Ohain contra la izquierda de los ingleses, ejecutado por espesas masas, incapaces de maniobrar ante la caballería, fué otra falta de táctica, que no se sabe cómo explicar de parte de un militar tan hábil como Ney, quien debió ser incitado por la idea que se tenía de la solidez de los ingleses; y que Napoleón no tuvo tiempo de impedir, porque cuando se apercibió de ello las tropas estaban ya en movimiento y era demasiado tarde para cambiar sus disposiciones de ataque. Esta torpeza fué extremadamente sensible, porque redujo á la impotencia una tentativa que hubiera debido ser decisiva, y suscitó desde el principio en el ánimo de los combatientes una preocupación desfavorable para ellos y favorable para los ingleses.

Sin embargo, el triunfo no estaba todavía comprometido, y Napoleón, poniendo en movimiento su caballería, tomó pronta venganza de los escoceses grises. Pero un terrible espectro había ya levantado su cabeza sobre aquel campo fúnebre, y este espectro era el ejército prusiano. Napoleón previó acto continuo el peligro de esta aparición, y sin perder un instante encaminó á Lobau hacia su derecha. ¿Era imposible obrar mejor, ó de otra manera, para contrarrestar este nuevo accidente? Seguramente que no. Abandonar una batalla tan fuertemente comprometida, renunciar á sus planes que eran lo único que podía compensar la inferioridad de las fuerzas francesas, era constituirse á sí propio en vencido, porque después de todo no podía abrirse el camino para Bulow sin que se abriera al mismo tiempo para Grouchy, y debía creerse que si él uno llegaba, no por eso dejaría de llegar el otro. Napoleón continuó, pues, la batalla, pero al continuarla tuvo cuidado de retardar su marcha. Prescribió á Ney que se apoderase del Haye-Sainte, con lo que arrebataba á los ingleses su punto de apoyo en el centro y aseguraba á los franceses un acceso á la meseta de Mont-Saint-Jean, cuando quisieran dar el golpe decisivo, y le recomendó que después de hecho esto se detuviese hasta que se apreciase la importancia del ataque de los prusianos contra la derecha francesa. Conquistar el Haye-Sainte y esperar era evidentemente lo único que podía hacerse en una circunstancia tan grave. Pero Ney, cediendo á una fogosidad que el sen-

timiento que le causaban sus indecisiones de la víspera había cambiado en furor, se precipitó sobre los ingleses, se apoderó del Haye-Sainte con un vigor sin igual, después encontrando muchas veces durante este combate á la caballería enemiga, llegó poco á poco hasta á batirse con ella, la siguió á la meseta, allí vió abandonada la artillería, creyó llegado el momento decisivo, arrastró sucesivamente á toda la caballería, sostuvo en este punto una lucha gigantesca, pero lucha intempestiva, puesto que no podía terminarla con la infantería, sacrificando de este modo las tropas de á caballo francesas, que empleadas con oportunidad hubieran servido un poco después para ganar la batalla.

Los prodigios de Ney fueron, pues, una desgracia, que Napoleón, que había llevado hacia la derecha no sólo su infantería, sino su atención, no pudo de ninguna manera impedir. ¿Qué hacer entonces?... Ordenar á Ney que conservase la meseta todo lo que pudiese mientras que se acudía con la guardia á dar á los prusianos un golpe terrible, porque después que estos últimos fuesen alejados, la guardia reunida correría á batirse con el ejército inglés para concluir con él; esta era á todas luces la única maniobra imaginable, y Napoleón la adoptó. Recibió y rechazó á los prusianos con un vigor que sólo eran capaces de mostrar los aguerridos soldados de la guardia conducidos por Morand. Derrotado Bulow entre Planchenois y Maransart, Napoleón no perdió un instante, y cumpliendo á Ney la palabra que le había dado, avanzó hacia la meseta con la guardia reformada para jugar su suerte, la del imperio y la de la Francia, en una acción tan desesperada.

Cuatro de sus batallones arrojando un espantoso fuego habían ya puesto el pie en la meseta y los restantes iban probablemente á terminar la lucha, cuando el cuerpo prusiano de Ziethen, llegando de improviso, tornó en catástrofe una batalla que podía ser aún una victoria, victoria sangrienta, cruelmente comprada, pero de todos modos victoria. En el punto á que habían llegado las cosas, las consecuencias debían ser una derrota sin ejemplo, porque no quedaba una sola reserva con la que se pudiese auxiliar al ejército, porque á falta de una reserva, la figura de Napoleón, erguida en medio del volcán, hubiera podido animar y reunir á los soldados; pero la noche empezaba á extender sus sombras, le creían muerto, y después de un esfuerzo sobrehumano el abatimiento en las tropas igualaba á su exaltación primitiva, y para colmo de desdichas, teniendo al enemigo delante, se veían además asaltadas por él de flanco y por la espalda. Todo se conjuraba para convertir la batalla perdida en un desastre inaudito. Era el imperio, que después de haberse desplomado en 1814, de haberse levantado de nuevo en 1815, se abismaba en fin como un edificio gigantesco, cayendo de repente sobre la cabeza del que se obstinaba en permanecer dentro de él hasta el último instante.

Que la desgracia fué inmensa, nadie podrá negarlo, pero es imposible sostener que Napoleón dejó de hacer cuanto pudo para conjurarla, porque si retardó la hora de la batalla fué obedeciendo á una necesidad física; si se cometieron faltas de táctica por Reille y de Erlón, procuró repararlas; si Ney adelantó la acción principal, no lo pudo impedir por estar ocupado en la derecha, y suspendió esta acción prematuramente empezada para

hacer frente á los prusianos, acudiendo á continuarla á toda prisa después de rechazar á estos últimos, cuando otro cuerpo prusiano llegó á poner el colmo á su desdicha. No faltó, pues, á su deber como capitán, y para ser justos con los vencedores del mismo modo que con el vencido, añadiremos que el duque de Wellington y Blücher merecieron su victoria, el primero por su inalterable firmeza y el segundo por su patriotismo inaccesible al desaliento.

Ahora debemos decir con el sincero sentimiento de atacar á la memoria de un hombre honrado, de un valiente militar, acometido en aquella ocasión por una ceguera sin ejemplo, que la verdadera causa de las desventuras de la Francia (causa material, porque la moral hay que buscarla en otra parte), la verdadera causa, repetimos, fué el mariscal Grouchy. Hemos expuesto los sucesos con la más escrupulosa exactitud, y no dejan nada formal que oponer en su favor, por más que se haya tratado muchas veces, desde hace cuarenta años, de que apareciera lo contrario. Después de haber perdido la tarde del 17, y la mañana del 18, aún le quedaba la segunda mitad de esta fatal jornada para reparar sus torpezas, y esto hubiera bastado para convertir el desastre en un triunfo. Con efecto, en Sart-á-Valhain resonó el estampido del cañón á las once y media. El general Gerard, con la sagacidad de un verdadero militar, con el calor de un francés amante de su país, propuso que avanzasen hacia donde les llamaba el cañón, alegando que en vista de la duda que tenían acerca de las intenciones del enemigo, era necesario acercarse á Napoleón, porque si los prusianos se dirigían á su encuentro se cumplían sus instrucciones que ordenaban seguir su pista, y si se retiraban á Bruselas, no había para qué ocuparse de ellos, y en este caso convenía apresurarse á concurrir á la destrucción definitiva de los ingleses. Gerard, Vandamme, Valazé, todos los soldados gritaban en el mismo sentido; pero Grouchy, cerrando los ojos hasta la evidencia, rechazó la luz que brotaba de todas las inteligencias. El lenguaje empleado por Gerard y la susceptibilidad de Grouchy hicieron fracasar este consejo, que hubiera salvado al imperio, y lo que importaba más, á la Francia.

Para excusar al mariscal Grouchy se han presentado dos argumentos: primero, que le faltaba tiempo para llegar desde Sart-á-Valhain hasta Maransart, y segundo, que hubiera hallado en el camino cuarenta mil prusianos que le hubieran disputado el pasaje del Dyle, mientras que otros cincuenta mil hubieran ido á derrotar á Napoleón. Desde luego creemos mal fundadas estas dos excusas, y aunque lo estuviesen no son favorables á la persona á quien se proponen favorecer. Si al encontrarse en Sart-á-Valhain faltaba tiempo, ¿á quién podía culparse sino á Grouchy por haber perdido cinco ó seis horas en la tarde del 17, y cuatro en la mañana del 18? Si hallaba á los prusianos defendiendo el Dyle, ¿quién tendría la culpa sino Grouchy por no haberlos vigilado, por no haberse apoderado de los puentes de este río, casi todos olvidados del enemigo, y por no haberle atravesado en el momento en que podía haberlo verificado sin la menor dificultad? Como se ve, toda la culpa recae en Grouchy; pero estas excusas, que no logran el objeto que se proponen, se hallan enteramente desprovistas de todo fundamento.

En cuanto á la distancia, he aquí la verdad rigurosa. Desde Nil-Saint-Vincent, adonde llegó Vandamme á las once y media, hasta Maransart hay á lo más cinco leguas métricas, es decir, cuatro de las antiguas. Los habitantes del país decían que este trayecto podía andarse en cuatro horas á lo sumo; y la verdad es que una legua métrica se puede recorrer en mucho menos de una hora. Aun teniéndose en cuenta el mal estado de los caminos, menos malo en los de travesía que en los directos, estropeados por el pasaje de los prusianos, podía suponerse que bastarían cinco horas, y aun era demasiado para unos soldados á los que el estampido del cañón no hubiera dejado de electrizar. Suponiendo que empleasen seis horas, lo que es exagerado, llegaban en el instante más oportuno, y aunque tardasen siete, todavía era propicio el momento, puesto que en él la guardia veterana arrojaba á los prusianos de Planchenois, y los hubieran sorprendido en un espantoso desorden. ¿Se quieren ahora ejemplos de lo que podía hacerse relativamente á los trayectos en los mismos parajes y en idénticas circunstancias? Estos ejemplos no faltan. El cuerpo de Vandamme, que salió de Gembloux á las ocho, se hallaba en la Baraque á las dos, después de haber perdido en el camino más de una hora y de haber andado muy despacio. Ahora bien, como desde Gembloux á la Baraque hay sobre poco más ó menos la misma distancia que desde Nil-Saint-Vincent á Maransart, hubieran podido operar el trayecto de que se trata en cinco horas. ¿Se quiere un ejemplo más concluyente todavía? Desde Wavre á Gembloux hay más de cinco leguas, y en la mañana del 19, cuando la necesidad de librarse del enemigo aceleraba el paso de todo el mundo, el cuerpo de Vandamme que se puso en marcha el anochecer, es decir, á las ocho, llegó á las once á Gembloux (1). Hubieran, pues, podido andar cinco leguas en cinco horas el 18, puesto que el 19 no tardaron más que tres en recorrerlas.

En cuanto á la resistencia que los prusianos hubieran podido oponer al pasaje del Dyle, la objeción, verdadera delante de Wavre en donde iba á atacárseles en una posición inexpugnable, deja de serlo si Grouchy se hubiese decidido á atravesar el río por los puentes de Moustier ó de Ottignies que no estaban defendidos. Es verdad que concediendo al enemigo una previsión sobrehumana, que por desgracia no se manifestaba en el ala derecha francesa, hubiera podido suceder que, adivinando Blücher sus proyectos, hubiera colocado cuarenta mil hombres en los puentes de Moustier y de Ottignies, que eran los que quería atravesar el general Gerard, y que al defenderlos con estos cuarenta mil hombres, enviase cuarenta y cinco mil (le era imposible enviar más) para anonadar á Napoleón. No hay duda en que las cosas podían pasar así, pero cuando uno es solamente hombre, no hay motivo para figurarse que sus adversarios son dioses!

Con efecto, nada de esto sucedía. Viéndose Blücher perseguido hacia Wavre, dejó en este punto á Thielmann con veintiocho mil hombres para entretener á los franceses, envió á Bulow con treinta mil hacia la capilla de Saint-Lambert y Planchenois, y dirigió á Pirch I detrás de Bulow y á Ziethen á lo largo de la selva de

(1) Testimonio del general Berthezene en sus Memorias, t. II, página 398. (N. del A.)

Soignes, estos dos con quince mil soldados cada uno.

Si Grouchy hubiera escuchado el consejo de Gerard, hubiera llegado á la una ó las dos á los puentes de Moustier y de Ottignies, los hubiera atravesado sin dificultad, no hubiera hallado obstáculos, y hubiera encontrado enteramente abierto el camino de Maransart. Enviando hacia Wavre á Pajol y á Teste que por la mañana habían sido dirigidos á Tourrines y con los cuales hubiera podido entretener á Thielmann durante algunas horas, y avanzando con el resto de su cuerpo hacia Maransart, es decir, con treinta mil hombres, hubiera encontrado á Bulow luchando en el valle de Lasne sin ver nada detrás de sí, y á Pirch I y Ziethen demasiado avanzados en su movimiento para apercibirse de su presencia. Suponiendo que no hubiera hecho otra cosa que separar á estos últimos de su camino, hubiera conseguido el objeto esencial, puesto que su llegada fué la que ocasionó el desastre. Pero aun llamando su atención, hubiera pasado antes que hubiera podido oponerse á su marcha, proporcionando el doble beneficio de librar de ellos á Napoleón y de destruir á Bulow.

Nada puede atenuar la torpeza del mariscal Grouchy á no ser sus anteriores servicios, y sus leales y adictas intenciones. Grouchy, como el mismo Napoleón ha dicho, faltó en el ejército durante aquella fatal jornada, como si un temblor de tierra le hubiera hecho desaparecer del teatro de los sucesos. Así, pues, el olvido de su verdadera misión, que era la de separar á los prusianos de los ingleses, fué la causa de las desdichas de la Francia, la causa material por supuesto, porque las causas morales es preciso buscarlas más arriba y á esta altura Napoleón aparece como el verdadero culpable!

Con efecto, si se considera esta campaña de cuatro días desde un punto de vista más elevado, se verá en ella, no las torpezas del capitán, que nunca se había mostrado ni más profundo, ni más activo, ni más fecundo en recursos, sino las del jefe del Estado, que se había creado, al mismo tiempo que á la Francia, una situación violenta, en la que nada de lo que acontecía era natural, y en la que el genio más poderoso debía perecer ante las invencibles imposibilidades morales que se le presentaban. Nada más bello, nada más hábil, que la combinación que en pocos días reunió en la frontera á ciento veinticuatro mil hombres sin que se apercibiera de ello el enemigo, que en breves horas le hizo dueño de Charleroy, le colocó entre los prusianos y los ingleses en posición de combatirlos separadamente; nada más bello, repetimos, que esta combinación que después de vencer á los prusianos y los ingleses debía permitirle hacer frente á los austriacos y á los rusos con las fuerzas que acabarían de organizarse mientras que combatía en la frontera. Pero las dudas de Ney y de Reille el 15, renovadas el 16, y que dejaron incompleto un triunfo que hubiera debido ser decisivo, pueden atribuirse á Napoleón, porque él fué quien grabó en la memoria de estos generales los recuerdos que tan fuertemente agitaban su ánimo. Él fué quien inscribió en la memoria de Reille los nombres de Salamanca y de Vitoria; los de Dennewitz, Leipsick y Laón en la de Ney; el de Kulm, por fin, en la de Vandamme! Si al día siguiente de la batalla de Ligny se perdió la jornada del 17, lo que por lo demás no era de sentir, durante medio día tuvieron

la culpa las incertidumbres de Ney y durante la otra mitad una tormenta. Esta tormenta no fué ciertamente obra ni de Napoleón ni de sus generales, pero lo que no hicieron bien fué colocarse en una situación en la que para no perecer era preciso que todas las circunstancias favoreciesen, todas sin excepción, lo que la naturaleza no concede jamás á ningún capitán.

Tampoco puede achacarse á nadie la pérdida de la mañana del 18, porque había absoluta necesidad de aguardar á que el terreno se consolidase para que se pusieran en movimiento la caballería y la artillería, y además no era posible creer que aplazando el combate por esta circunstancia se daba tiempo para que los prusianos llegasen.

Pero si Reille se hallaba desalentado delante de Goumont; si Ney y de Erlón, después de haber tenido la fiebre de la duda el 16, tenían la del arrebató el 18 y gastaban sus fuerzas más preciosas sin oportunidad; si todo esto sucedía, lo repetiremos de nuevo, Napoleón que los había colocado en posiciones tan extraordinarias era la causa de su estado moral, de su heroísmo prodigioso, pero ciego. Por último, si la atención de Napoleón representada por su persona y su reserva, hallándose fijada en la derecha faltaba al centro para evitar en él grandes torpezas, la causa fué la llegada de los prusianos, y su llegada no fué por culpa de la combinación por medio de la cual destacó Napoleón su derecha para ocuparlos, porque no podía dejar de vigilarlos, de perseguirlos y de estorbar su regreso, sino de Grouchy, de Grouchy sólo, dígame lo que se quiera; pero la culpa de Grouchy, ¡ah! esta culpa tan grande procedía primeramente de Napoleón, quien para recompensar un servicio político escogió á un hombre que era sin duda alguna bravo y leal, pero incapaz de dirigir un ejército en circunstancias como aquellas. Con veinte, con treinta mil soldados más, hubiera Napoleón vencido todos estos accidentes; pero estos veinte, estos treinta mil soldados se hallaban en la Vendée, y la Vendée formaba parte de la situación extraordinaria de que era único autor. Con efecto, fué mucha temeridad la de ir á batirse con ciento veinte mil hombres contra doscientos veinte mil, en su mayor parte soldados de los mejores de la Europa, mandados por jefes exasperados, resueltos á vencer ó morir; y esta temeridad era casi prudente

en la situación en que Napoleón se encontraba porque sólo con esta condición podía conseguir el prodigioso efecto de vencer á la Europa exasperada con las destruidas fuerzas de la Francia, fuerzas que sólo en el espacio de dos meses había podido rehacer. Y para no omitir nada, el estado febril del ejército, que después de haber sido sublime de heroísmo caía en un abatimiento inaudito, era como todo lo demás obra del jefe del Estado, el cual en un reinado de quince años había abusado de todo, de la Francia, de su ejército, de su genio, de cuanto Dios había confiado á sus pródigas manos! Buscar en la incapacidad militar de Napoleón las causas de un desastre que radican en una situación que creó en el espacio de quince años es no tan sólo substituir lo falso á lo verdadero, sino lo pequeño á lo grande.

En Waterloo no se mostró como un capitán que había perdido su actividad, su presencia de ánimo, en una palabra, que se había envejecido; sino como un hombre extraordinario, como un guerrero incomparable cuyo poderoso genio no pudo salvar las consecuencias de sus faltas políticas; fué un gigante que queriendo luchar contra la fuerza de las cosas, violentarla, ultrajarla, quedó vencido como el más débil, como el más incapaz de los hombres. El genio impotente ante la razón desconocida, ó conocida demasiado tarde, es un espectáculo no solamente más verdadero, sino mucho más moral que el de un capitán que ha envejecido y que comete una falta de táctica. En vez de una lección digna del género humano que la recibe, de Dios que la da, sería esto un tema á propósito para una disertación en presencia de algunos alumnos de la escuela militar.

Por lo demás este hombre extraordinario no iba á tardar en comparecer ante las causas morales que había suscitado, y en el siguiente libro le veremos sufrir la última catástrofe, catástrofe en la que son el todo las causas morales y en la que las materiales apenas tuvieron influencia; porque si los sucesos insignificantes pueden depender de las causas materiales, los grandes acontecimientos sólo dependen de las morales. Ellas son las que los producen, las que los obligan á realizar á despecho de las causas materiales. El espíritu manda y la materia obedece: cualquiera que observe el mundo y le vea tal cual es, no podrá descubrir en él otra cosa.